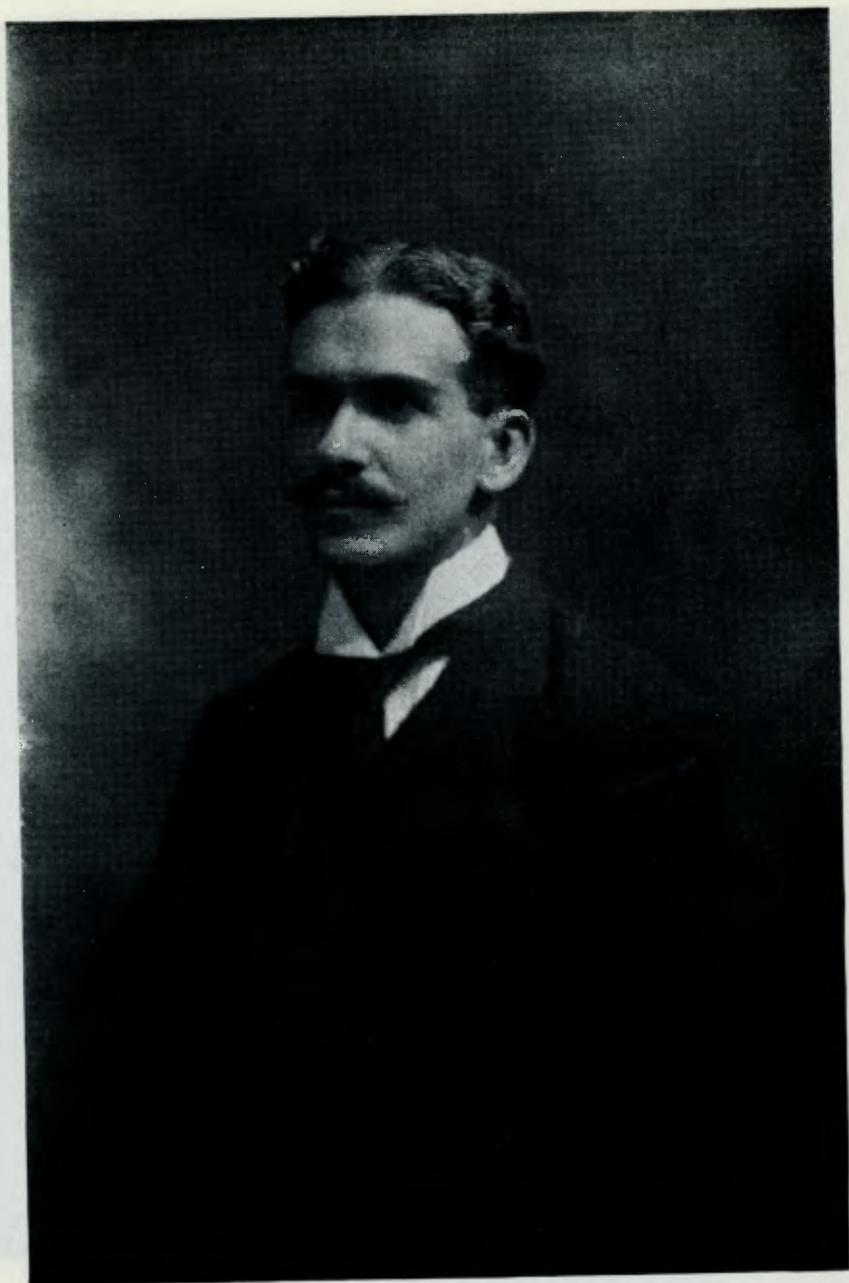
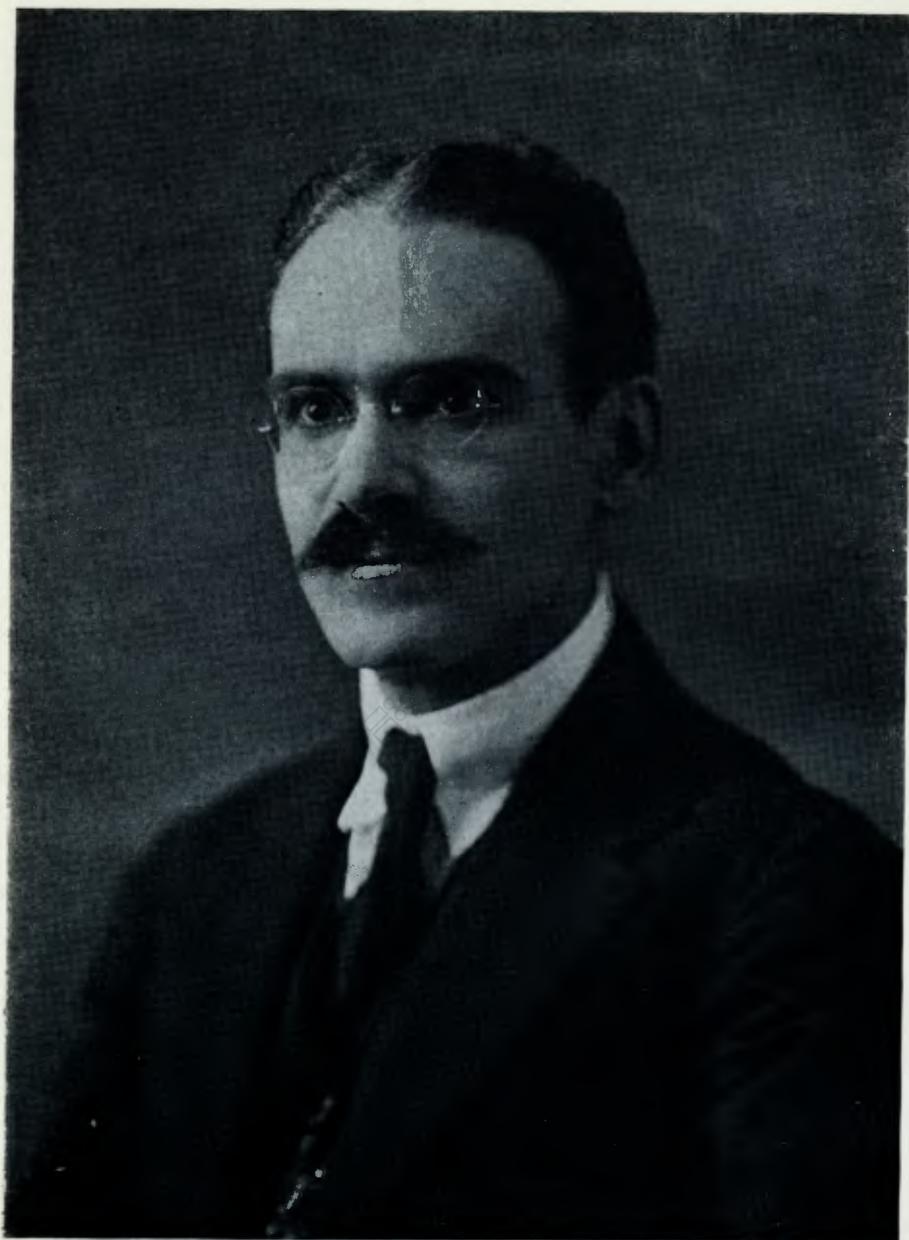


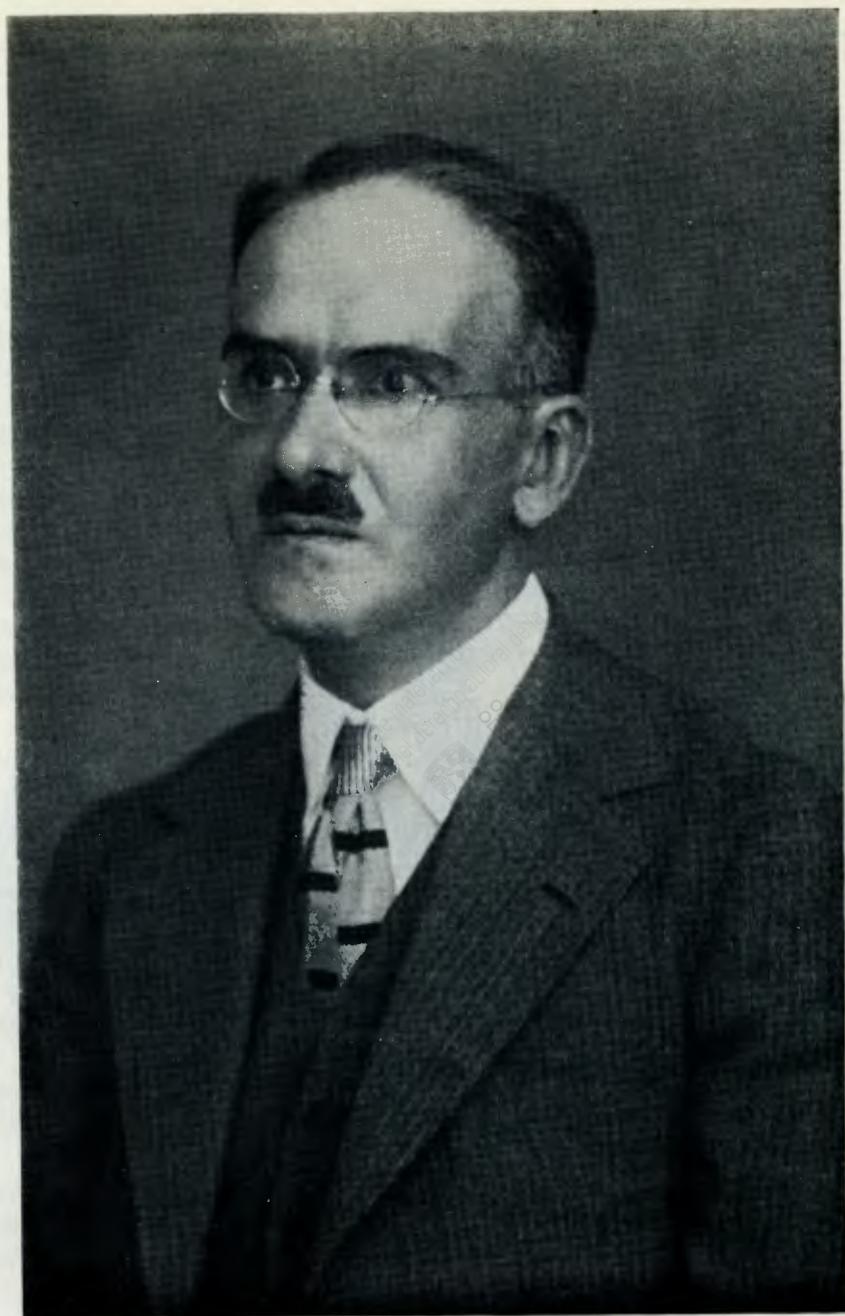
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas
La reproducción de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra



iib
Instituto de Investigaciones Bibliográficas









PRESENTACIÓN

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Humildad, sapiencia, honestidad, altas y seculares virtudes que singularizan a contados seres, no se dan siempre juntas ni en forma permanente. Por ello, cuando nos es dable hallarlas en una persona y a lo largo de toda su vida, nos regocijamos y recuperamos la fe en el hombre.

La condición humana tan desfalleciente y quebradiza, en pocas ocasiones se muestra a la altura de lo que se debe entender por un ser cabal; raras veces se encuentra en una persona una plena expresión de las calidades que distinguen a un hombre de otros.

Ésta es la razón que nos mueve a ofrecer este libro jubilar, henchido del cariño y respeto de inúmeros amigos y discípulos a un individuo ejemplar que este año conmemora su octogésimo nono aniversario, Juan B. Iguíniz.

Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno, don Juan para todos nosotros, es el hombre que a través de larga vida le ha sido dable cultivar con plena y auténtica conciencia las incomparables virtudes de la humildad, la honestidad y la sapiencia.

Quien no conozca a fondo a don Juan, quien no sepa penetrar en el interior de un alma, comprender una vocación y valorar el dominio de sí mismo, no apreciará la riqueza espiritual que su vida encierra, la dación continua a un ideal, el sacrificio duro por cotidiano de mil satisfacciones para cumplir una misión, sin desfallecimientos ni complacencias para el mal ni para el ocio.

Es preciso seguir su vida paso a paso para entender el porqué de su permanente actitud paciente y serena, la razón de su incansable laboriosidad y de su honesta reciedumbre.

Miembro de una familia neogallega, don Juan educóse en un ambiente de singular respeto a la familia y a las tradicionales virtudes que labraron la fortaleza y la seguridad de que nuestros ancestros estuvieran siempre orgullosos.

Ligado a los afanes de la vida intelectual, el joven Iguíniz aprendió los oficios que el manejo de los libros requiere y se inoculó

ese "virus letal" que ellos contagian a quienes les frecuentan. De los primeros años juveniles arranca no su amor, sino su callada pero fecunda pasión por los libros y por el cultivo de las letras. No se enamoró tan sólo del bello impreso, del ejemplar único guarnecido con ricas cubiertas, sino de su contenido, del mensaje que cada uno de ellos encierra. Así se explica no sea un bibliómano en su doble sentido, sino uno de los más conspicuos amadores de los libros.

Fruto de conocimiento obtenido a lo largo de muchos años ha sido su obra bibliográfica, que ha volcado en diversas direcciones: la enseñanza de las ciencias del libro, su rica y continuada producción bibliográfica, su labor al frente de las más importantes instituciones bibliotecarias.

En todas ellas la presencia de don Juan es bien patente. A él se debe la renovación de la biblioteconomía en México, a la que abrió las puertas de las modernas innovaciones realizadas en otros países; la formación de una legión de bibliotecarios que de él recibieron paciente y maciza enseñanza; la organización de instituciones bibliotecarias, su transformación de meros depósitos en bibliotecas funcionales, dotadas de normas de clasificación y catalogación eficaces y sólidas y el aumento y conservación de ricos fondos bibliográficos del país, entre otros el más importante, el de la Biblioteca Nacional. Pero por si eso fuera poco, la acción de don Juan se ha mostrado también en intensa producción personal que le califica como el más profundo y sabio conocedor de la bibliografía mexicana. Innúmeros son sus trabajos en torno del libro en México, de la imprenta y su producción tanto en la capital como en los Estados; de los más sobresalientes impresores y de los más bellos y raros impresos. Con paciencia inigualable, que nada tiene que ver con la pachorra de muchos, se ha allegado noticias, reunido información, recabado conocimientos en torno de mil aspectos del arte y del oficio que lo son a la vez de las prensas mexicanas, y ha enriquecido nuestro saber en ese campo como no se había hecho desde los años en que otro sabio auténtico, Joaquín García Icazbalceta, lo hiciera.

La obra de Iguíniz es múltiple, profusa y realizada sin el acomodo y la tranquilidad que una buena fortuna deparan. La de don Juan ha sido realizada en medio de años agitados por pasiones políticas, rodeada de zozobras y sobresaltos, en la inseguridad y con la obligación de atender agobiantes, inútiles e ingratas tareas

administrativas, en torno a ese dilema que ya afligía a otro genial hombre de pluma, a Orozco y Berra.

En medio de todo ello don Juan laboriosa y pacientemente ha publicado una obra bibliográfica ejemplar y fecunda.

Unida a su interés por el libro ha estado su vocación histórica. El intelectual mexicano ha mantenido despierta no sólo su curiosidad sino su más vital interés por la propia historia. La reflexión en torno del ser mexicano, de nuestro desarrollo, de las inquietudes que sucesivas generaciones han tenido y mostrado, le ha llevado a tratar de entender el porqué de nuestra realidad. No es la vana pretensión erudita, ni el acopio de material informativo, sino un interrogar a la humana actividad manifestada tan dispersamente por nosotros la que origina ese vuelco del intelectual hacia su historia.

Es indudable que no todos interrogan el pasado con la misma serenidad ni hondura, mas es evidente que el cuestionamiento del pasado y la reflexión en torno de él, revelan una clara conciencia histórica en todos ellos.

La obra histórica de Iguíniz se ha enfocado principalmente a su tierra de origen, a la novogalaica provincia a la que ha dedicado sus más perseverantes esfuerzos y de ella nos ha dejado testimonios útiles y perdurables.

Henchido de saber ha escrito acerca de personajes y cosas de Jalisco la más vasta información que podamos tener, sin vanidosos alardes ni petulancia. De sus estudios arrancan trabajos ajenos que ingratamente desdeñan o tratan de desconocer las fuentes en que bebieron.

En su abundante tarea descubrimos: amor al terruño, generosidad inmensa de comunicar a los demás el dato encontrado tras pesadas horas de trabajo y desvelo, todo ello dicho con sencillez, sin inflada arrogancia, con claridad que permite a todos aprovechar su lectura. Fluida, sencilla, amena y llena de cariñosa comprensión hacia lo que escribe es la herencia literaria de don Juan. No se busque en su obra ni la elegancia retórica, ni la dizque profunda reflexión, sino la expresión segura, certera y firme del hombre que sabe lo que dice, del hombre que en su palabra guarda la sabiduría del pueblo que es franco en su lengua y que llama a las cosas por su nombre.

La humildad de don Juan, su modestia innata revelan no un encogimiento espiritual, ni cortedad, ante los demás, sino una austera virtud forjada en el valor, en la certera fe de sus convicciones, en

la seguridad de su conducta. En medio de tiempos tormentosos, Juan B. Iguíniz supo hacer honor a sus ideales, a sus acendradas creencias, sin intimidarle la pobreza ni amenazas. Refugióse serenamente en el trabajo, desempeñado siempre con entera probidad y sentido pleno de responsabilidad. Me tocó conocerlo cuando alejado de un puesto público importante por no querer traicionar su pensamiento, halló humilde posición en la Biblioteca del Observatorio. Ahí en medio de paz y quietud prosiguió sus investigaciones siempre meticolosas, pausadas como si el tiempo no se ocupara de correr para él.

La cátedra fue para Iguíniz un medio de volcar su larga experiencia. Sin ampulosos alardes don Juan introdujo en la enseñanza de la biblioteconomía las esenciales novedades de esa disciplina desconocidas en el México de hace varias décadas y formó a su vera numerosas generaciones de bibliotecarios. Otros más tarde ampliarían las enseñanzas del maestro que roturaba por vez primera ese campo. Los aportes por él hechos sirvieron de base firme en los sistemas de clasificación y catalogación.

Su amor a las bibliotecas le condujo asimismo a historiar el origen y desarrollo de algunas de las más importantes existentes en México. Gracias a sus indagaciones conocemos la historia de la Palafoxiana de Puebla, de la Turriana de México y de otras más. Todo cuanto se relaciona con los libros le ha importado y sus desvelos nos han revelado secretos importantes de ese maravilloso mundo de las artes gráficas.

Ligado a la génesis de los libros y de las bibliotecas está su interés por la de las personas. Miembro distinguido de la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica, ha elaborado importantes estudios —tendientes a precisar para comprender mejor su personalidad y conducta— consagrados a variados personajes de nuestra historia. Con callada pasión que no se extingue con las primeras llamaradas, don Juan ha formulado preciosos, atinados y minuciosos trabajos.

Al final de su vida, cuando el saber se ha acendrado y ha agotado las posibilidades que tuvo al alcance de su mano, dio fin a esa obra cumbre que es su *Bibliografía Biográfica Mexicana*, indispensable para toda investigación en torno de cualquier personaje de nuestra historia, y sin tregua ni prisa formula un *Diccionario Histórico Geográfico y Biográfico* de su Guadalajara natal. Admirable obra de perseverancia cuando excede los ochenta años y se acerca a cumplir, paciente, tranquila y dulcemente su novena década que

pedimos al cielo se la conceda plenamente para gozar de los bienes de su saber y noble amistad.

Por todas estas razones y otras más que explican los diversos trabajos que sus amigos y alumnos han enviado para formar este libro jubilar, le rendimos homenaje de gratitud y admiración.

El Instituto de Investigaciones Bibliográficas, la Biblioteca y Hemeroteca Nacional que dirigió durante tantos años y la propia Universidad Nacional Autónoma de México que le declaró Investigador Emérito así como el Instituto de Investigaciones Históricas a que pertenece se honran honrándole en esta ocasión.

Santo Domingo, República Dominicana

Febrero de 1971



